

## CAPITULO XVI

### Marina y ejército filibusteros

La pérdida que para Walker significó la falta de De Goicouría, Ferrer, Vijil, y Wheeler, la compensó algún tanto en octubre la llegada de Charles Frederick Henningsen con armas y municiones. El arribo a Nicaragua de este famoso soldado de fortuna infundió nueva vida a la empresa filibustera. Fue nombrado General de Brigada en lugar de De Goicouría asignándosele la tarea de organizar la artillería y adiestrar a los hombres en el manejo del rifle Minié. Henningsen era soldado de mundial renombre. Nacido en Inglaterra de padres suecos, a los diecisiete años se enganchó en las fuerzas de Don Carlos de Navarra para pelear en las provincias vascongadas al mando del General Zumalacárregui, líder guerrillero de la guerra carlista de España. Antes de cumplir veinte años había alcanzado el grado de coronel, y pronto, al publicar su obra **History of the War in Spain**, (+) llamó la atención como escritor de asuntos militares. Habiendo sido herido y capturado se le puso en libertad bajo condición de no volver a tomar armas en el curso de la guerra; luego sentó plaza en el ejército ruso y sirvió en Circasia. El gobierno ruso publicó lo que acerca de los países caucásicos había escrito el aventurero. Luego apareció en Hungría donde, perdida ya la causa de la independencia de esa nación, siguió a Kossuth (+) en su destierro a Estados Unidos. Aquí tuvo a su cargo la fabricación de los primeros

(+) Traducida al español por Ramón Oyarzún bajo el título de **Zumalacárregui** (Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1947). (N. del T.).

rifles Minié. La literatura ocupó también su atención durante ese tiempo, y publicó varios volúmenes de recuerdos personales y de su vida en Rusia; y hasta probó su pluma como novelista. Todas sus obras serias tienen considerable valor todavía.

Joven aún vino a Estados Unidos y cayó bajo el hechizo de una viuda de Georgia a quien conoció en Washington. Siendo ella mujer de medios económicos, su nuevo esposo pudo haber fundido el acero de su espada para convertirlo en arado y pasar una vida sosegada en cualquier plantación del Sur. Pero las noticias llegadas de Nicaragua despertaron su interés. Su fogueado corcel de guerra olió de lejos el humo de la pólvora y comenzó a tirar piafante del cabestro marital. Los amigos de Walker le pidieron irse allá, y no tuvieron que rogarle mucho. Henningsen y su esposa residían entonces en Nueva York en donde eran muy amigos del magnate naviero George Law, quien había comprado al ejército americano varios miles de fusiles que se dijo los había ofrecido antes a Kossuth. Bajo la dirección de Henningsen convirtió Law gran número de ellos en rifles Minié, y cuando aquél resolvió irse a Nicaragua, Law le pertrechó de gran cantidad de rifles, obuses y municiones, y además de eso la señora de Henningsen contribuyó con cierta cantidad de dinero. Lo que en total llevó allá sumaba treinta mil dólares. (1).

La aportación de Law como un nuevo capitalista promotor del filibusterismo volvió a poner en el tapete el intrincado problema del control de la Compañía del Tránsito. A Law interesaba sobremanera todo lo concerniente a vapores. Fue el primero en establecer una línea naviera entre Nueva York y Chagres, (Colón ahora, en Panamá) y por algún tiempo fue también gerente de otra, que enlazaba a San Francisco y Panamá, haciéndole fuerte competencia a la Pacific Mail Company. A la postre compró la compañía a su com-

(+) Louis Kossuth, patriota y estadista húngaro [1802 - 1894]. (N. del T.).

(1) *Harper's Weekly*, I., Págs. 332 - 3; *Herald*, de Nueva York, 2 de junio de 1856.

petidor en el Atlántico y le vendió la suya del Pacífico. Tomó parte activa en la construcción del ferrocarril transístmico de Panamá e inauguró además una línea de vapores entre Nueva York y la Habana. Estos hechos explicarán el interés de Law en los acontecimientos que entonces agitaban a la América Central. Había observado con atención la lucha entre Vanderbilt y Morgan en Nueva York, y acechaba la hora en que ambos se debilitaran para tomar el control de la línea del Tránsito. Esperaba entre tanto ganarse el favor de Walker enviándole considerable cantidades de pertrechos y dinero, y cuando la oposición de Vanderbilt contuvo los esfuerzos que Morgan hacía en pro de Walker, Law solicitó la concesión del Tránsito; contaba, para conseguirla, con que Henningsen hablaría por él. Dícese que al regresar a Nueva York De Goicouría pidió a Law armas para el ejército nicaragüense, y que cuando ya Law estaba a punto de ceder descubrió que el cubano se entendía con Vanderbilt; y entonces no quiso saber más de él. (1). La prensa americana llamó chistosamente a esta rivalidad triangular por el Tránsito "la guerra de los comodores", y fue mucha suerte para Walker que en la disputa entrara un tercero, ya que de ahí en adelante sus fuerzas pudieron contar con artillería, arma de la que hasta entonces carecía casi por completo.

Henningsen, a poco de haber llegado a Granada, organizó dos compañías de artillería y una de zapadores y mineros. Algunos de los oficiales artilleros tomaron su trabajo muy a pecho llegando a ser consumados profesionales en materia de obuses y morteros. El aventurero formuló además detalladas instrucciones para el manejo de los nuevos rifles Minié que había llevado de Nueva York, pero el indiferentismo y la desidia de muchos oficiales que estaban celosos de él por su rápido ascenso fueron rémora en su labor de organización. (1). Pese a todo, su legítima valía se hizo tan palmaria que la mayoría de ellos acabó por reconocerle sus méritos; sólo unos pocos siguieron teniéndole inquina.

(1) *Herald*, de Nueva York, 26 y 29 de noviembre de 1856.

Aunque es verdad que como jefe adolecía Walker de algunos defectos graves, el hecho de que pudiera conservar la lealtad de sus hombres sin darles otra paga que los más mínimos medios de subsistencia y de que durante los meses de ociosidad forzosa no se registraran serios casos de indisciplina, es una prueba de que tenía cierto grado de talento militar. Casi de nadie dependía más que de sí mismo, y rara vez pedía consejo a otros; sus horas de trabajo eran desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche. Su único recreo en Granada consistía en un paseo a caballo por las tardes con un ordenanza que siempre le seguía. Sus hombres le obedecían "al pensamiento", y si es verdad que a veces se quejaron de su total insensibilidad ante el sufrimiento humano, sabían que ningún otro podía ocupar su lugar y acataban sus órdenes con absoluta sumisión. En marzo de 1856, cuando los costarricenses avanzaban sobre la frontera Sur, Walker, como se recordará, llevaba días de guardar cama. Eso, más que cualquier otra cosa, descorazonó a sus hombres, pues sabían que de la vida de su jefe dependía la salvación de la causa. Grande fue el regocijo de ellos cuando recuperó, y entonces fue más apreciado que nunca.

A través de las muchas vicisitudes de su carrera Walker permaneció siempre impávido y callado. Ningún triunfo lo trastornó, ni ningún desastre lo abatió. Se le vio siempre tan sereno en la línea de fuego como en la redacción de un diario o en su despacho de abogado. La excesiva sencillez fue característica invariable de su ser. Vestía por lo común de levita azul, pantalón oscuro, y sombrero gacho; y al entrar en batalla solía cambiar la levita por una camisa de franela. Su exigua humanidad era causa de sorpresa para los visitantes que sabían de sus hazañas pero que nunca lo habían visto, y cuéntase de divertidos casos en que los forasteros que llegaban a verlo esperando encontrarse con un hombre totalmente distinto hablaban al general en tono

---

[1] *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 289, por Walker.

de superioridad creyéndolo un empleado subalterno. Mas a pesar de su falta de afectación era Walker un gran rigorista en lo tocante a su investidura; nadie debía darle consejos si él no los pedía. (1). Al Capitán Doubleday, por ejemplo, uno de sus oficiales que por haber residido en Nicaragua desde antes que llegaran los filibusteros conocía el carácter de la gente del país, le replicó de manera áspera en cierta ocasión que, sin haber sido consultado, se atrevió a exponerle su opinión. Esto impelió al capitán a pedir su baja y regresarse a Estados Unidos, Pero no vaya a juzgarse por este caso que Walker fuese un perfecto empecinado. La mayoría de sus oficiales eran jóvenes —el promedio no pasaba tal vez de los veinticinco años— y el solo hecho de que hubiesen llegado a Nicaragua basta para suponerlos impetuosos e irreflexivos. El frisaba entonces en los treinta y tres, y era con eso uno de los oficiales de mayor edad en el ejército.

Mucho se ha dicho de lo duro que era con sus hombres, pero, salvo unas pocas excepciones, han sido habladurías de desertores y de extranjeros. La anécdota más difundida a este respecto fue la "Declaración de los Siete Prisioneros", aparecida con fecha 21 de mayo de 1856 y firmada por siete soldados suyos capturados por los costarricenses en Santa Rosa. Tres de los firmantes eran alemanes, uno inglés, y los demás americanos. Uno de éstos, un jovencito que tocaba el tambor, posteriormente negó haber tenido que ver con dicha declaración, la que, según él, se la presentó un desertor para que la firmara, lo cual rehusó hacer, y en su oportunidad declaró que habían falsificado su firma después de habérselas negado. A las claras se ve que fue redactada por alguien con pleno dominio del inglés, que era asimismo diestro en la elaboración de frases vindicativas, y que ade-

[1] "En vez de tratarnos como camaradas y aventureros en peligro", escribió un desertor bajo el pseudónimo de Samuel Absalon, "... fue con nosotros igual que un tirano oriental, esquivo y arrogante; apenas si saludaba cuando nos encontrábamos con él. Jamás se mezcló con nosotros; vivió siempre recluido en su cuartel o alojamiento. Decíase que por temor de que alguno de sus hombres lo tirara, cosa de lo que en verdad corría peligro ese hombre". *Atlantic Monthly*, V. Pág. 665.

más estaba familiarizado con los pormenores de la carrera de Walker en Nicaragua, así como con la situación política de esa república y de Estados Unidos. Porque ningún tambor ni extranjero alguno, ni siquiera un muy inteligente ciudadano americano que acabara de llegar al país, podría haber acumulado tan copiosa acusación contra la empresa filibustera. Las presunciones en contra de su autenticidad son abrumadoras. (1). De un cargo sí es culpable Walker. A muchos que habían ido a Nicaragua por cuenta propia les obligó a sentar plaza de soldados y servir a su gobierno, quisieranlo o no. (2). A otros cuyo contrato de servicio militar había expirado se les negaba pasaporte de regreso a Estados Unidos, forzándoseles de esa manera a seguir en el ejército o morir de hambre. (3). Y otros más, encandilados por las brillantes descripciones que del país publicaban los periódicos americanos, iban allá con la intención de comprar tierras y establecerse como colonos pacíficos. Algunos de éstos hasta llevaron a sus familiares. Al llegar a Nicaragua se les decía que antes debían sentar plaza por un año en el ejército. (4).

La desconsideración que caracterizó a Walker en su trato con los naturales de Nicaragua le caracterizó por parejo con sus propios hombres. Jamás éstos cuestionaron su au-

- 
- (1) En su declaración se hace decir a los prisioneros que como cautivos costarricenses tenían más libertad que la que nunca tuvieron como soldados de Walker; que en Nicaragua regía una estricta censura y que sólo dejaban salir informes elogiosos. Afirmaban que Walker no era general, ni estadista, ni juez de sentimientos humanos, sino un pobre imitador de Don Quijote. Y en apoyo de su aserto enumeran siete errores colosales: (1) Walker llegó a Nicaragua sin llevar mapas, guías, ni medios de subsistencia, y con sólo cincuenta y seis hombres; (2) su intento de fusionar a las dos fracciones; (3) la ejecución de Corral; (4) el envío de Franch como Ministro a Estados Unidos; (5) el haberse apoderado de las propiedades de la Compañía del Tránsito; (6) el haber nombrado a Schlesinger jefe de las fuerzas que invadieron Costa Rica; (7) el intento de tomarse Rivas el 11 de abril sin tener sus hombres suficientes municiones. La declaración es en parte muy injuriosa. Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 149. Ver también el *Herald*, de Nueva York, 17 de agosto, así como otros diarios de esa fecha.
- (2) Eso le ocurrió al General John T. McGrath, de Baton Rouge, Luisiana, según se lo refirió al autor. Ver también el *Daily Advertiser*, 30 de abril de 1857; y libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 224.
- (3) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 222.
- (4) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 224.

toridad, y nunca tampoco se les cruzó por la mente la idea de rebelarse contra el hombre que era su única esperanza. Pero tampoco les inspiró la devota abnegación con que sirve el soldado a un caudillo genuinamente grande. Hubo algunos, es verdad, que lo acompañaron a lo largo de casi toda su carrera, pero esos eran hombres que amaban una vida llena de peligros y penalidades. Debe tenerse en cuenta, cuando se hable de su despotismo y de su rudeza, que él tampoco estuvo nunca en un lecho de rosas, sino empeñado en una lucha de vida o muerte contra un enemigo temible, y que con lo único que contaba era con esa mezcla de aventureros, tipos desesperados muchos de ellos. Tratar de dominar a hombres de esa ralea mediante la bondad y la sanción moral hubiera sido más que tontería; y debe reconocérsele a ese taciturno hombrecito el haber utilizado el único régimen disciplinario posible en tales circunstancias: el puño de hierro. No se ganó el cariño de nadie, pero el respeto sí.

Tal vez si esos hombres hubiesen tenido más éxito hubieran sido menos dóciles a la férrea disciplina impuesta por él. El enervante clima tropical les robaba mucha energía, y la restante la gastaban en buscar que comer, en evadir los peligros, y en emborracharse. Despreciaban y temían a los hijos del país, a los que jamás lograron realmente sojuzgar, y eso les hacía mantenerse estrechamente unidos. Si se hubieran granjeado su simpatía y aprendido su idioma; si hubiesen contado con abundancia de víveres y plazas bien fortificadas, le habría sido a Walker muy difícil ejercer sobre ellos plena autoridad.

El clima, las enfermedades y el libertinaje fueron los peores enemigos de los americanos. La energía de los soldados variaba casi de manera inversa al lapso que llevaran de residir en el país. Los reclutas recién desembarcados se mostraban ansiosos de oler pólvora quemada, pero se los impedía su falta de entrenamiento. Los que llegaron después de la guerra con Costa Rica fueron apenas suficientes

para reemplazar las bajas causadas por el cólera y las fiebres, y eso que llegaban en todos los vapores.

En la última mitad de 1856 el reclutamiento de hombres para Walker en Estados Unidos se hizo más públicamente que antes, y con muy poca de aquella pertinaz interferencia gubernamental que al comienzo del año fuera tan patente como ineficaz. Aunque don Fermín Ferrer no hizo ningún esfuerzo por ser reconocido en Washington como ministro de Walker, firmó el 15 de agosto de 1856 un contrato de colonización con William L. Cazneau, de Texas, para llevar a Nicaragua en el término de doce meses mil colonos físicamente capaces y de buenas costumbres. El gobierno de Nicaragua, por su parte, los asentaría en colonias de no menos de cincuenta familias, y a cada jefe de familia se le adjudicarían ochenta acres de tierra que pasarían a ser suyas después de un año de residencia en el país. Cuando el Fiscal McKeon, de Nueva York, vio el contrato dijo que no podía reconocerle legalidad porque el gobierno americano no había dado a Ferrer el exequator como Ministro de Nicaragua. (1). Los rumores propalados de una inminente guerra con todas las repúblicas centroamericanas impidieron conceder mucho interés a ese proyecto, y los que se sumaban a la empresa emigrando a Nicaragua lo hacían primordialmente porque iban allí al encuentro de aventuras.

El propio Walker envió a Estados Unidos a varios de sus oficiales en busca de voluntarios. S. A. Lockridge tuvo a su cargo el enganche de hombres en Texas y el Medio Oeste; Norvell, hermano de Walker, abrió una oficina de reclutamiento en Nashville, y E. J. C. Kewen hizo de Augusta, Georgia, su centro de operaciones; desde allí dirigía los reclutamientos en Alabama, Misisipí, y Georgia. Decíase que Walker había manifestado no querer más gente de las cercanías de las ciudades americanas, señalando su preferencia por hombres más capaces de valerse por sí mismos como eran

(1) **Herald**, de Nueva York, 25 de diciembre de 1856.



los de estirpe de pioneros. De éstos podía conseguir en California, Misuri, y el Sudoeste. Charles Morgan convino en transportar tejanos en sus barcos sin costo alguno de Galveston a Nueva Orleans, y gratis también de allí para Granada. Lockridge dio amplia publicidad a esto en periódicos de Texas. En Kansas y Misuri se anunció asimismo lo del pasaje gratis a Granada, y el Coronel H. T. Titus, el notorio "matón de la frontera", formó una compañía con cien de sus bergantes cuyos servicios no tenían ya demanda en Kansas, y con ellos salió en diciembre para Nueva Orleans bajando por el Misisipí. Kewen, por su parte, levantó una fuerza de más de ochocientos hombres en el territorio que se le asignó, pero ni los unos ni los otros lograron salir de Estados Unidos porque antes supieron de la caída del régimen filibustero. (1).

El **Picayune**, de Nueva Orleans, que con fecha 26 de noviembre dio cuenta de la salida de Lockridge con 283 hombres, publicó la lista de las compañías en que iban formados y dio además los nombres de sus oficiales. Esto demuestra que antes de partir de Estados Unidos se habían organizado militarmente. Fueron los últimos reclutas enviados a Walker por el Atlántico.

En diciembre, en vista de que la situación de Walker en Nicaragua se hacía desesperada por razones que adelante se verá, sus amigos de Nueva York comenzaron a buscar la manera de salvarlo. El 20 de diciembre se efectuó en el Tabernacle, de Broadway, un muy concurrido mitin en pro de Walker. Lo presidió el General Ward B. Burnett, del Cuerpo de Voluntarios de Nueva York. Allí hablaron el General Duff Green, Appleton Oaksmith, Isaiah Rynders, y otros simpatizadores. Se colectaron más de mil trescientos dólares. El Saint Nicholas Hotel contribuyó con cien barriles de pan y el Metropolitan Hotel con cinco mil libras de tocino. (2). "El mitin", dijo el Herald, "fue no sólo digno de consideración

(1) **Herald**, de Nueva York, 21 de Oct., 5, 7 y 9 de Dic. de 1856, y 31 de enero de 1857.

(2) **Harper's Weekly**, I., Pág. 7.

por el número de concurrentes, sino también por la calidad y posición social de muchos de ellos. "Notificado el gobierno de estas actividades ordenó a McKeon impedir el envío de provisiones a Walker. "No sabemos con qué derecho Pierce, Marcy, o McKeon impiden el envío de pan, tocino y zapatos a cualquier lugar", decía el citado diario. "En cuanto al tocino, Vattel (+) habla con claridad meridiana, y su autoridad al respecto es tan buena como la del pobre Pierce".

El vapor **Tennessee** debía salir el 24. Llegaron al muelle cajas de provisiones. Una llevaba este rótulo:

PAN

A la fina atención del General William Walker.  
Para nuestros viejos camaradas de Texas, ahora  
en Nicaragua; con la calurosa simpatía, personal  
y política, de sus ex-jefes.

Thomas J. Green  
William L. Cazneau

Y otra caja decía:

Para mis viejos camaradas de las guerras de Florida  
y México.

Ward B. Burnett (1)

Y el 24 zarpo el vapor con trescientos filibusteros y dos mil dólares en bastimentos. Esos filibusteros se congregaron en la esquina de las calles de Broadway y Leonard desde donde se dirigieron al muelle de la calle Ocho en el Río Este. Habíase anunciado que el vapor saldría del pie de la calle Beach, y el gentío que allí se congregó, porque esperaba presenciar algún acto de interferencia gubernativa, se retiró muy desilusionado. McKeon tenía dos guardacostas listos para cualquier emergencia, pero nada ocurrió. Poco antes de la hora de zarpar el vapor Morgan visitó al fiscal garantizándole que nadie subiría a bordo sin su boleto. Le pro-

(+) Célèbre cocinero francés del Gran Condé. La irónica frase implica, pues, un elogio a esa carne. [N. del T.].

(1) **Herald**, de Nueva York, 23 de diciembre de 1856.

metió asimismo no llevar a ningún pasajero que hubiese firmado contrato de colonización con Cazneau. Esto parece haber satisfecho al fiscal que entonces dejó partir al barco. Días después declaró Cazneau que la oposición de McKeon a su plan de colonización impidió la salida de cien pasajeros más a bordo del **Tennessee**. (1). Apenas entrado en mar abierta el vapor topó con un huracán que se le llevó parte del timón. Se las arregló, no obstante, para aportar en Norfolk donde se desbandaron los reclutas; muchos de ellos se volvieron a Nueva York. Morgan despachó en el acto el vapor **James Alger** a Norfolk para llevarse carga y pasajeros del **Tennessee** a Nicaragua. Transportaba aquel barco cuarenta filibusteros más de Nueva York, pero llegó cuando ya los del otro se habían dispersado; sin embargo, siguió con sus cuarenta hombres a San Juan del Norte. Iban entre ellos el Coronel Frank Anderson, quien regresaba de su casa res-tablecido ya de una herida, y el General R. C. Wheat, amigo de infancia de los hermanos Walker en Nashville. Había sido él gobernador militar de Veracruz, y obtuvo su grado de General de Brigada en la guerra méxico-americana. Renunció a la gubernaduría para juntarse a Walker en Nicaragua. Morgan ya no volvió a despachar más barcos de Nueva York.

Mientras esto ocurría en Nueva York, escenas similares se desarrollaron en Nueva Orleans. El 28 de diciembre se embarcaron allí en el **Texas** doscientos cincuenta filibusteros. Por un tiempo estuvo el vapor en el puerto esperando la llegada de Titus y sus "matones" con procedencia de Kansas, que venían bajando el Misisipí. Una espesa niebla los detuvo y el **Texas** partió sin ellos. Suerte fue para la historia que en este vapor embarcara el destacado viajero y periodista Laurence Oliphant, cuya pluma dejó una gráfica descripción de los hombres que iban a Nicaragua. Al entrar a mar abierta se organizaron los reclutas en cinco compañías.

(1) **Herald**, de Nueva York, 25 y 28 de diciembre de 1856. Cazneau confesó que si sus colonos, al llegar a Nicaragua, hubieran encontrado a Walker en situación crítica, habrían tratado de salvarlo.

Procedían de diversos estados, y a los oficiales se les daba grado de acuerdo con el número de hombres que hubiesen alistado. Los soldados devengaban sueldo mensual de veinticinco dólares en vales nicaragüenses; al terminar su contrato de servicio militar se les daría tierras. Nada indicaba, dejó escrito el cronista, que a esos hombres guiasen motivos protervos. Algunos eran ricos; otros iban huyendo de problemas que tenían en el país; y otros más eran simplemente soldados de fortuna. El móvil predominante parecía ser el amor a las aventuras y a los sobresaltos de lo imprevisto. Representaban a casi todas las nacionalidades, e iba una compañía compuesta totalmente de alemanes. "Unos eran húngaros sobrevivientes de Segedin; otros italianos que habían peleado en Novara; y prusianos de las campañas de Schleswin-Holstein; franceses veteranos de Argelia; ingleses del cuerpo de artillería en la guerra de Crimea; americanos también que habían tomado parte en las dos expediciones a Cuba; y otros más venían de Kansas". Algunos de los oficiales habían batido el cobre en Nicaragua y volvían allá terminada su licencia. Unos cuantos eran ex-oficiales del ejército americano que "tenían la ilustración, los modales de gente bien nacida, y la caballería de esos militares". A Oliphant impresionó en particular el comportamiento ejemplar de los hombres; no se tomó licor durante el viaje, ni siquiera en la noche de Año Nuevo. Los filibusteros montaron diariamente guardia y parecían hacerlo por instinto. El oficial de día llevaba por toda arma una espada, pero de uniforme ni una sola prenda; unos vestían camisa de franela roja y botas fuertes, la indumentaria de otros variaba desde meros andrajos hasta ropas como de empleados de banco. De físico no eran feos, y tan bien impresionaron al inglés que un buen día dejó abierta la puerta de su camarote sólo para que de él desaparecieran algunos de sus efectos personales. (1).

La estricta disciplina que Oliphant notó a bordo del **Texas** era la característica del ejército filibustero. Walker lo regía

(1) **Patriots and Filibusters**, Pág. 17 y otras, por Laurence Oliphant.

con varilla de hierro, y tuvo más dificultades con los oficiales que con los soldados rasos. Muchos de los primeros, dice, consideraban su rango más como una coyuntura para pasarla bien que como un incentivo para cumplir sus arduos deberes. No tenían uniforme determinado, pero cuando en el último trimestre de 1856 los ejércitos aliados emprendieron la ofensiva, se les proveyó confortablemente de ropas y comida. El General John T. McGrath, quien sirvió bajo las órdenes de Walker, y durante toda la guerra civil americana, informó al autor de esta obra que a los filibusteros se les proveyó mejor que a los confederados. El atuendo más semejante a un uniforme consistía en camisa azul de franela, pantalones azules de algodón, botas fuertes, y sombrero de fieltro negro y alas anchas. Cuando las tropas estaban mejor equipadas llevaban la camisa marcada con el número del destacamento y la letra de la compañía. Muchos de los oficiales vestían el uniforme correspondiente a su grado en el ejército de Estados Unidos, y unos cuantos de los más pagados de sí mismo hacían el ridículo arrojando el tórrido calor del trópico con todas las galas de su regimiento encima. Uno de esos oficiales, el Coronel Wattson, por ejemplo, llegó de Nueva York con seis grandes cofres repletos de esos atavíos. (1).

El hecho de que los filibusteros tomaran grandes cantidades de pésimo licor les hacía más susceptibles al cólera que si no lo tomaran. La mayoría de esos hombres eran ya borrachines en su patria, y la afición naturalmente aumentaba en suelo extraño y clima malsano en donde olvidaban los convencionalismos sociales y tenían presente sólo el peligro. No era rara la ocasión en que cuando un destacamento filibustero se encontraba en situación comprometida, sus oficiales se dieran a beber; difícil es decir si lo hacían por darle fuerza a su valor o por pura desmoralización.

Consecuencia de este exceso eran las continuas trompederas que por desenlace solían tener el duelo. El propio

(1) *With Walker in Nicaragua*, Pág. 119, por J. C. Jamison, [Columbia, Mo., 1909].

Walker, habrá de recordarse, había recurrido al código de honor en California; pero fue tal la frecuencia de los desafíos en Nicaragua y las causas que los provocaban, que llegó a preocuparse mucho. Hubo un tiempo, relata Jamison en su libro, que el día que no ocurría un duelo era motivo de comentarios. (1). Un apóstol de la temperancia, el Reverendo Israel S. Diehl, de California, se apareció en Granada en los últimos meses de 1856 y organizó la hermandad de los "Hijos de la Temperancia". Unos cincuenta hombres, entre oficiales y soldados, se afiliaron a ella, pero una vez ido el fundador no volvieron a reunirse, y muchos de sus miembros tornaron a las andadas. (2). Uno de los lugartenientes de Walker, *tiró borracho* a un soldado raso y a un oficial. Fue sometido a consejo de guerra y sentenciado a la horca; antes de morir confesó haber tirado a otros cinco en Estados Unidos, atribuyendo los casos a "desequilibrio mental causado por el whiskey". Walker le conmutó la pena a morir fusilado. (3).

Antes de que Henningsen llegara con los Minié regalados por George Law, sólo dos compañías tenían de ese modelo de rifle. Eran éstos los "Rangers" (o caballería) quienes también portaban revólver y sable, y los "Rifles". Las otras compañías de infantería tenían el fusil anticuado de cañón liso abolido por el ejército americano, y viejos revólveres Colt. La oficialidad confiaba bastante en la esgrima, arte en el cual muchos se hicieron diestros; pero la espada era arma que no empleaban, ya que el choque al arma blanca con los nicaragüenses era lo que menos ocurría. Para fines de 1856 Walker contaba con nueve divisiones: los Rifles; la Infantería; la Artillería; la Maestranza; la Proveduría Montada; la Intendencia del Ejército; la Proveduría Local; la Caballería; y el ramo civil de la Administración Pública.

(1) *With Walker in Nicaragua*, Pág. 108, por Jamison.

(2) *Herald*, de Nueva York, 19 de octubre, y 17 de noviembre de 1856.

(3) *Herald*, de Nueva York, 19 de octubre de 1856.

Componían la Proveduría Montada hombres seleccionados por su jefe W. K. Rogers, Subsecretario de Hacienda. Los nicaragüenses llamaban a este Rogers "confiscador general". El y su gente eran de los más firmes adictos de Walker; no se entrenaban militarmente, pero sí tenían como deber la desagradable tarea de batir los campos en busca de maíz, ganado y demás provisiones para el ejército, lo cual pagaban con vales de ningún valor. La remonta de estos hombres la componían por lo general mulas y machos de mala muerte. (1).

Una partida de estos tipos salió cierto día a las haciendas de Chontales bajo el mando de Byron Cole en busca de ganado. Cole, de quien se ha dicho que era "el summum de la concordia" en Nicaragua, (2) jamás permitió a sus hombres entrar en casas de familias ricas por temor a que no pudieran resistir la tentación de apoderarse de objetos de valor. Una monja huida de Granada tenía una escuelita en el caserío de Malacatoya, camino de Chontales, y cuando los filibusteros llegaron allí los atendió dos días en su casa; pero Cole no les permitió entrar, haciéndoles dormir en el corredor. Dos meses después llegó otra partida de los mismos, pero éstos saquearon la casa llevándose todo lo valioso que encontraron. (3). Fueron las depredaciones y excesos de esas columnas volantes lo que suscitó el resentimiento de los hijos del país contra los filibusteros. Por otra parte, debe hacerse constar que los nicaragüenses pronto supieron distinguir entre los americanos léperos y los decentes. Su animosidad era especialmente marcada contra los californianos y tejanos, gentilicios que para ellos eran sinónimos de ladrón. (4). Para calificar de tales a los tejanos no dejaban de tener razón, pues en julio de 1856 una partida de unos treinta filibusteros, haciéndose llamar "batidores tejanos", llegaron a Granada y se les dieron bestias. Muy pronto abusaron de la

(1) *Times*, de Nueva York, 9 y 30 de marzo de 1857.

(2) *Times*, de Nueva York, 30 de mayo de 1857.

(3) *Harper's Weekly*, I., Págs. 188 - 9.

(4) De una conversación con el General John T. McGrath.

confianza depositada en ellos desertando del ejército. Resultaron ser prácticamente una gavilla de salteadores. Fue suerte que los hombres de Walker no pudieran darles alcance, pues que si hubieran caído en sus garras los habrían ahorcado. (1).

Vamos a contar una anécdota referente a la mascota de los filibusteros. Cuando aquellos "cincuenta y seis" desembarcaron en Brito y comenzaron a caminar sobre Rivas, se les pegó un perrito huertero que nunca los dejó hasta que murió. Le pusieron "Filibustero". Los acompañó en la toma de Granada, y jamás salió de la ciudad un piquete de reconocimiento o de batidores que no lo llevara. Cuando De Goicouría invadió Chontales con el encargo de pacificar la zona, "Filibustero" se fue con la tropa y en el combate de Juigalpa dio su vida por la causa de sus camaradas. Al saberse en Granada la noticia, un bardo aventurero compuso en su memoria esta elegía que publicó **El Nicaragüense**:

Erase un perrito de sólo huesos y pelambre  
en cuyos tristes ojos se retrataba el hambre.  
No era falderillo muñeco de salones  
ni mastín que guardara los zaguanes  
sino paria receptor de patadas y trompones.  
Pero con lealtad canina nos seguía y nos seguía  
por caminos o en combates, ya de noche, ya de día.  
Y nunca las injurias y maltratos a montón  
amargaron su apacible corazón.

Su lealtad en los buenos tiempos y en los malos  
le ganó el cariño de toditos los soldados.  
Y fue allá en Juigalpa, un pueblo chontaleño,  
donde dio su sangre plebeya a borbollones  
aquel paria que sólo recibiera patadas y trompones;  
allí durmió "Filibustero" su postrer eterno sueño.

Reemplazó a ese perrito otro del mismo pelaje al que  
nombraron "Príncipe". Este también se aficionó a la vida  
cuartelera.

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 155.



En septiembre de 1856 Walker cambió la bandera de la república. En sustitución de la antigua que tenía cinco volcanes en la franja blanca del centro, diseñó otra haciendo la franja blanca el doble del ancho de las dos franjas azules laterales, y en lugar de los volcanes puso una estrella roja de cinco picos. (+) Cuando los Rifles entraron con esta bandera a pelear en las calles de Masaya inscribieron en ella este tema: "Five or None" (Cinco o Ninguna), significando con ello el propósito de Walker de conquistar y federar las cinco repúblicas de la América Central.

Pocos días después de su rompimiento con Rivas, Walker apresó la goleta costarricense **San José** que había entrado en San Juan del Sur enarbolando la bandera de Estados Unidos. Basóse la captura en que la nave no llevaba sus papeles de registro en regla y navegaba, por tanto, sin bandera ni patente de navegación legales. Un tribunal de presas creado en San Juan del Sur condenó la goleta a favor del gobierno de Nicaragua. Fue armada con dos cañoncitos de a seis libras, y rebautizada con el nombre de **Granada**; se dio su mando al Teniente de Navío Callender Irvine Fayssoux. De las diversas compañías seleccionáronse hombres para su dotación. Así fue como Nicaragua tuvo su primera marina de guerra. Su propietario era el opulento comerciante leonés don Mariano Salazar, quien antes fuera uno de los demócratas más afectos a Walker. Salazar había hecho a un americano, Gilbert Morton, condueño de la goleta pensando que con esa triquiñuela podría adquirir el derecho de enarbolar la bandera de Estados Unidos, y a su sombra realizar jugosas utilidades mercadeando entre los puertos del litoral mientras durasen las hostilidades en Nicaragua. Cuando Walker descubrió la treta Salazar se convirtió en su más acérrimo enemigo. (1).

Listo ya Fayssoux para hacerse a la vela, recibió órdenes de cruzar las aguas del Golfo de Fonseca que se sospe-

(1) **La Guerra de Nicaragua**, Pág. 222, por Walker; y también Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Págs. 145, 155, y 173.

(+) Tal como aparece en la carátula de este volumen. (Nota del Editor).

chaba utilizaban los partidarios de Rivas para comunicarse con Guatemala y El Salvador por medio de botes que saliendo de El Tempisque, en el Estero Real de Chinandega, llegaban a La Unión, puerto salvadoreño. De esa manera esperaba Walker interceptar la correspondencia que se cruzaran Rivas y sus aliados e impedir el envío de refuerzos por el golfo. El 21 de julio zarpó el **Granada** en su primer crucero con dotación de cuatro oficiales, quince marineros, y un carpintero de ribera. Su capitán tenía una vida interesante y había de agregarle un episodio más interesante todavía. Fayssoux, originario de Misurí, había sido guardiamarina en la marina de guerra cuando la república de Texas. Al disolver Texas su marina para convertirse en estado participó él en 1849 en una expedición a Cuba, a bordo del **Fanny**, la cual expedición frustró la marina de guerra americana. Al año siguiente se unió a la expedición de López a bordo del **Creole**, y se distinguió en la bahía de Cárdenas nadando hasta la playa con una cuerda entre los dientes, gracias a lo cual pudieron desembarcar sus compañeros. En 1851 siguió de nuevo a López en su malhadada invasión a Cuba, y en abril de 1856 salió de Nueva Orleans a probar fortuna en Nicaragua. Walker encontró al momento oportunidad para utilizar sus servicios. El marinero era, lo mismo que su jefe, pequeño y reticente, y también muy puntilloso en cuestiones atinentes a la dignidad de su cargo. (1).

Un incidente acaecido en febrero de 1857 revela el carácter de los dos ellos. El barco de guerra británico **Esk**, al mando de Sir Robert McClure, se encontraba en la bahía de San Juan del Sur. Sir Robert envió un subalterno al **Granada** a inquirir con qué derecho enarbolaba una bandera desconocida de todas las naciones, y le ordenaba a su comandante venir a bordo del **Esk** a enseñar su patente de navegación. Fayssoux respondió que la patente la guardaba en su camarote, pero que si se le obligaba a enseñarla lo haría bajo protesta, y que por nada del mundo la llevaría a bordo

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 219; **Herald** de Nueva York, 16 de diciembre de 1856.

del **Esk**. Inútiles fueron amenazas y persuasiones. En vista de ello el oficial inglés le invitó, en son de amigo, a venir con él en su bote y subir al **Esk**. La respuesta fue que iría en su propio botecito; minutos más tarde estaba allá. Días después Sir Robert McClure visitó a Walker para hablar sobre la evacuación de algunos súbditos británicos. El general no se levantó ni le ofreció asiento al visitante; se limitó a decirle, después del saludo protocolario: "Espero que haya venido usted a excusarse por lo de la goleta". Sir Robert, de tan sorprendido, no halló qué responder, y Walker añadió: "Su conducta para con el Capitán Fayssoux desdice de un inglés y de un oficial británico. Protestaré ante su gobierno para que investigue y dé excusas". El marino dio en seguida explicaciones. (1).

La creación de la marina de guerra nicaragüense fue considerada de tanta importancia en el cuartel general que el periódico de Walker publicó parte de la bitácora del barco.

"Lunes, 21 de julio de 1856. A las tres P.M. la goleta **Granada**, al mando del Teniente de Navío Fayssoux, zarpó de San Juan del Sur. Es la primera nave que, como barco del gobierno, se hace a la mar; el génesis de la marina de guerra nicaragüense.

"Martes, 22 de julio de 1856. Bordeando la costa hacia el Golfo de Fonseca".

"Miércoles, 23 de julio de 1856. Abriéronse las cajas de municiones empacadas; resultaron inservibles. Hiciéronse veinte balas para los cañones. A las 3 P.M. rumboamos hacia la Isla del Tigre, unas doce millas distante.

"Jueves, 24 de julio de 1856. Cruzando el golfo. A las dos P.M. avistamos un gran número de bongos con rumbo al Este; los perseguimos. A las tres P.M. aparece un bergan-

[1] *Harper's Weekly*, 1., Pág. 199.

tín cuatro millas a barlovento, con bandera chilena. A las cuatro y treinta capturamos la chalupa **Mana** (patente de navegación francesa), sin carga ni pasajeros, A las seis sopla del Sur un recio chubasco; recogimos dos rizos de las velas y nos alejamos de la costa". (1).

El 27 de julio Fayssoux capturó un bongo con numerosos pasajeros entre quienes se encontraba nada menos que Salazar, ex-propietario del **Granada**. Cogiéronse también muchas cartas, dirigida una de ellas por Thomas Manning, Vicecónsul de la Gran Bretaña en El Realejo, a un comerciante de San Salvador, en la que manifestaba gran pesar por lo poco que hacían los otros estados para expulsar a los americanos; sugería que doblasen, por lo menos, el número de sus tropas. Walker anuló inmediatamente el exequator de Manning por "inmiscuirse en los asuntos internos de la república. (2). Salazar sufrió el mismo destino de todos aquellos a quienes Walker consideraba traidores: fue fusilado en la plaza de Granada. Su filiación democrática era motivo para que los granadinos lo odiaran, así que se alegraron de su muerte tanto como los leoneses se habían alegrado de la del legitimista Corral. Al saberse en León la captura de Salazar, sus correligionarios arrestaron al Doctor Joseph W. Livingston, americano residente allí, y enviaron un expreso a Granada haciendo saber a Walker que tenían al doctor en rehén por la vida de Salazar. El expreso llegó a Granada días después de la ejecución del demócrata, y Livingston se salvo gracias a la pronto intervención del Ministro Wheeler.

(1) *El Nicaragüense*, 9 de agosto de 1856.

(2) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Págs. 145 y 155; y también *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 229 y otras, por Walker.